

Un ejercicio

Mirar las lagunas y el paisaje (o sobre un modo de no caer en el pantano)

Carla Galfione*

En la convocatoria a participar de la “mesa experimental” propuesta en torno a las intervenciones de Saúl Taborda, y que dio origen a este dossier, se afirma: “la convivencia de esas dos noticias en una misma edición [...] plantea nítidamente una situación regular en la práctica historiadora: la dificultad de situar ciertos testimonios efectiva o aparentemente contrastantes, y aun de tratar con las vastas zonas de ambigüedad e indeterminación históricas”. La dificultad, que es regular en el quehacer del historiador (intelectual), se reconoce ante el “contraste”, y éste es para nosotros el problema: que el contraste sea una dificultad.

Referirnos a “contrastes”, reales o aparentes, operados entre los testimonios con los que trabajamos, supone al menos que contamos con ciertas condiciones entre las que se destacan la unidad y la coherencia. Esa unidad puede estar vinculada con el presupuesto de un “autor” al que adjudicamos aquellos testimonios y la coherencia que se deriva de una mirada de sus producciones como partes de una “obra”. Aunque es verdad que hay otros modos de dar sustento al reclamo de unidad y coherencia en análisis que atraviesan autores y obras, en el caso que nos convoca lo que decimos se expresa así: podemos suponer un solo y mismo autor de los discurso que leemos, Taborda, y que sus intervenciones pueden ser encuadradas en el marco general de toda su producción.

Esos supuestos son lo que quiero poner en tensión aquí. Y de eso precisamente se trata, de la tensión. La constatación de cierto defasaje entre textos de un mismo autor pone de manifiesto la tensión misma del discurso, ésa que, como historiadores, no tenemos razón para intentar resolver. Si la tratamos como escollo, como peligro, evidenciamos con ello algunas de las formas en que violentamos los textos en pos de una pretendida armonía que no sólo simplifica las fases del proceso de lectura e interpretación de los documentos, sino que opera sobre éstos, inscribiéndolos en una temporalidad continua y uniforme, que presupone una única racionalidad que avanza contra cualquier fisura.

Pero la historia no es eso. Y la historia que trabaja con textos también puede reconocerlo. Lo que los textos enuncian no es la expresión de un sujeto que piensa y conoce lo que dice. Es, en cambio, dice Foucault en la **Arqueología**, “la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo”. La idea de Foucault de que los discursos son prácticas que forman al expresarse los objetos mismos de los que hablan nos hace imposible hablar en términos de contradicción. La contradicción o el contraste es esa tensión que no es un problema o un peligro que debemos conjurar, sino el modo de darse de un discurso. En ese sentido, como primera propedéutica, podría afirmar que, en nuestra lectura, los textos preceden a sus autores y persisten como textos múltiples. No nacen ni mueren en la unidad y, por ello, podemos ejercitar una lectura que los mire desde ellos mismos. Para el caso del material que nos reúne aquí, y siguiendo las recomendaciones de Foucault, podemos avanzar más en la comprensión (que de aquí es más será un “tajear”) si atendemos a la singularidad de esos discursos, que si partimos del presupuesto de que ese texto encierra algún sentido, que, por cierto, sólo podemos adjudicarle en la medida en que miremos por fuera del texto. Esto vale, por ejemplo, cuando partimos de alguna definición de “Taborda”, de “Córdoba”, de la “sociedad georgista”, de **“La Voz del Interior”** o de las “señoras de la caridad cordobesa”. La centralidad otorgada a cualquiera de estos elementos, con los correspondientes sentidos que les adjudiquemos, nos lleva fuera de los textos y ya nos habla de otra cosa.

De este modo, la apuesta que puede proponerse, sabiendo que esos enunciados fueron formulados por la misma persona y en el mismo lugar, es intentar reconocer qué expresa esa multiplicidad y si es expresión de algún tipo de reglas de lo que puede y debe decirse. Podemos suponer ciertos esquemas que avalan la convivencia efectiva de los enunciados dispersos, el modo como se encadenan, pero ello no implica que los enunciados mismos sean la expresión de una unidad, de ideas, de pensamiento o de sentido, sino todo lo contrario. Y allí, en la dispersión de los enunciados y en su convivencia aparecen formas varias de relación entre las que el contraste, la incompatibilidad o la exclusión

* Programa de Historia y Antropología de la Cultura, IDACOR, CONICET-UNC.

son comunes. Dar lugar a esas relaciones y no verlas como un escollo es condición de posibilidad para tajar/comprender los discursos.

Si revisamos los textos de Taborda, es evidente que disparan para lugares diferentes. Podríamos suponer el establecimiento de dos reglas de enunciación diferentes que se despliegan en función de objetos diversos que, en algún sentido, podrían pensarse constituyendo campos discursivos separados. Podemos reconocer que el discurso que tiene lugar en el Teatro Rivera Indarte avanza sobre cuestiones referidas a la moral, y al hacerlo despliega un conjunto de afirmaciones que, acordes con esa preocupación, se entrelazan en lo que termina siendo un elogio a la sociedad acomodada y selecta que se reúne en la tertulia y que se expresa fundamentalmente a través de la imagen femenina. La conferencia ofrecida en el Centro Georgista tiene, por su parte, otra finalidad y otro objeto.² Allí se tematizan cuestiones relativas a la política y, principalmente, a la economía, se elabora una lectura de la historia de los pueblos occidentales, advirtiendo el lugar que en ello ocupan nuestras naciones y postulando algunas de las medidas económicas convenientes para avanzar en la misma dirección de las naciones modelo.

Si nos atenemos a esta lectura, cuesta encontrar contrastes pero no dejamos de observar tensiones. Al leerlos, parto del presupuesto de que quien escribe se adecua en cada caso a las reglas de enunciación propias de los campos en los que se detiene, que pueden ser diversos aunque el autor sea el mismo. Es decir, reconozco que las palabras de Taborda han sido dichas en el marco de un discurso particular y que es allí donde deben ser leídas y comprendidas. Paralelamente, intento diluir lo más posible la centralidad otorgada al autor como fuente de unidad de ambas manifestaciones. Cambio la centralidad del autor por la de los enunciados y advierto que estos últimos se despliegan en universos regidos por reglas diferentes. Consecuentemente, el contraste desaparece y sólo aparece, tomando palabras de Foucault, “una vecindad llena de lagunas”.

De qué nos sirve esta lectura, es una pregunta que podemos hacernos, aun a riesgo de no encontrar una respuesta en absoluto satisfactoria. La primera respuesta que ensayo es que, de seguir estas recomendaciones hermenéuticas, estaríamos a salvo de caer en las generalidades que tanto molestan dentro de la historia intelectual (otra generalidad, sin duda) y que tan poco ayudan a comprender de esa historia. Con eso, ya hemos avanzado algo. No obstante, me interesa dar un paso más y reconocer que la riqueza de esa lectura va más allá de esa definición negativa que es la constatación de la necesaria dispersión de enunciados. Pero para ello hay que dar todavía un rodeo.

¹ Análisis la conferencia a través del texto publicado en **Reflexiones sobre el ideal político de América**, bajo el título “La política agraria”. Este coincidiría, según la reseña de **La Voz del Interior**, con el discurso referido.

Lo que esos dos campos de enunciación reconocidos arriba nos permiten ahora divisar tiene que ver con el vínculo que ambos poseen con un juego de fuerzas. Al diferenciar los campos y reconocer que lo dicho tiene sentido dentro de uno u otro espacio, contribuyendo al establecimiento de las reglas del lugar desde donde se habla, puede observarse que esos dos campos cumplen funciones diversas, sin excluir que puedan articularse. Si hacemos entrar aquí la dimensión política, podemos reconocer que a través de este despliegue en formas discursivas diversas se avanza en la formulación de respuestas ante algunas problemáticas de la época.

Dirigidos a oyentes diferentes (mujeres en un caso, hombres en otro, puede notarse), aunque todos selectos o “escogidos”, y con recursos diferentes, ambos discursos comparten un mismo paisaje: la posguerra. La experiencia de la guerra y lo que ella trajo consigo es uno de los principales puntos en que se reúnen. Allí se despliegan algunas reflexiones que pretenden avanzar en la búsqueda de soluciones o consuelos. En ambos textos la experiencia reciente deja un mismo gusto amargo: la constatación del predominio del “egoísmo” o el “utilitarismo”. Pero las soluciones no son las mismas: a las damas de la caridad les corresponde guiar la recuperación de una moral devastada. A los intelectuales y políticos de la Sociedad Georgista les toca avanzar y oponerse al monopolio de la tierra, postulando medidas que tiendan a hacer más igualitario su reparto. Tampoco hay contradicción en eso. Dos salidas diversas ante un problema que se presenta como uno. Y no hay contradicción, sobre todo, cuando, a la luz de la lectura de “La política agraria” puede notarse que las medidas propuestas no se desprenden de expresiones de rechazo o repudio a las clases acomodadas, y mucho menos a grupos particulares o locales, sino del reconocimiento de una injusticia y de la constatación de una “necesidad”.

Esos enunciados, dijimos, pueden también comprenderse cumpliendo una función política: calmar los ánimos exaltados por la guerra y ofrecer soluciones pacíficas al malestar social. Los discursos, lo dijimos, van ambos dirigidos a grupos distinguidos y su contenido es acorde a la necesidad de armonizar en pos de soluciones a un problema cuyo diagnóstico comparten. De ese modo, la dispersión de los discursos se reúne, ahora sí, en un autor que es expresión de algunos sectores y sus preocupaciones. “Taborda” es eso, esa reunión de modos de decir y de afirmaciones múltiples en una y otra dirección, pero que todas, en última instancia, cobran sentido y se reúnen no en torno a un autor que les da sentido, sino a un contexto que, porque es histórico, no escapa a la dispersión y a la fractura. Esos textos son la expresión, para mí, de ese tiempo. Taborda ocupa un lugar en ese tiempo y sus palabras expresan sus *tensiones*.

Tal como decía Foucault, la historia efectiva *mira más de cerca*, aunque ello sea para inmediatamente alejarse bruscamente y notar la diferencia. Esa diferencia, ahora bien, no es otra cosa

que esa dispersión o tirantez que notamos en los textos, esa diferencia no es la diferencia radical respecto de otras posiciones con las que nos gusta *contrastar* al autor, porque de ser así habremos vuelto al mismo lugar del que partimos. *Mirar de cerca* es para mí, leer y releer los textos.

Brevemente, para terminar y en clave de coda o agregado, sumo una reflexión más. No es casual que ésta sea la lectura que elijo compartir. Estoy pensando el problema en general, como problema metodológico, pero también la figura, ya fantasmagórica, de Taborda. Y en este marco, se me representa como una cita de lo que fue el primer ejercicio de hacer la historia de nuestras ideas (pensamiento, "filosofía", o como prefiera llamársele) argentinas. Las décadas del 20, 30 y 40 constituyen ese momento en que la disputa por el predominio del ámbito filosófico fue también y ante todo la disputa por el predominio sobre la historia de la disciplina, tanto en términos de contenido como de método. Los "contrastes" que nos convocaron y que se observan en esos textos, la posibilidad de ver esos contrastes, tienen un origen precisamente en la época de Taborda. Es resultado de algunos intentos de homogeneizar esa historia, con su consecuente descontextualización y anulación de las diferencias.

Se trata del momento en que se despliegan una serie de condiciones o reglas que vienen a determinar no sólo qué entra y qué no dentro de la nueva disciplina, sino que vienen a imponer las condiciones de la historia misma de nuestro pensamiento. Desligada de los "intereses", nuestra filosofía es el despliegue de una idea. La filosofía es ahora un sistema que se cierra sobre sí mismo anulando toda porosidad posible. Si hubo alguna posición porosa (quizás en algún sentido el positivismo la aportaba), ello basta para considerarla una anomalía y dejarla fuera de la historia. *Hacer* la historia de nuestra filosofía era eso, modelarla para que su consistencia se volviera homogénea, fue pulir las rajaduras que aún quedaban abiertas.